

El estreno de la Pino y de Thuillier

Dos representaciones que han sido dos éxitos

Lo del éxito no tiene novedad alguna. Tiempo hace que la Pino anda escoltada por él y que con él cuenta para sus mayores y más atrevidas aventuras. La de este año, pues, ha sido una fija, como lo fué la que realizó en Gibils, y que dejó un recuerdo imperecedero en el público montevideano. La distinguida artista ha venido tal y como la vimos en 1903, joven, elegante, exquisita. Exquisita, sobre todo. Porque el principal mérito de la Pino ha sido, es y será siempre su talento exquisito para afinar, para pulir, para limpiar de asperezas todos los caracteres que estudia é interpreta. Todo lo hace bien, todo lo dice bien, todo lo viste bien, la comedia de enredo como la de enmarañada psicología, lo que persigue únicamente el vago entretenimiento del espíritu como la que busca el cerebro del auditorio para someterlo á un continuo discurrir y analizar. Y siempre encanta. Encanta con la voz porque á música deliciosa suena su manera de decir, de reír, hasta de llorar. Y encanta con la figura esbelta y admirablemente trajeada siempre, porque ritmo y cadencia tiene su manera de andar, de moverse, de expresar con un gesto, ó un simple ademán, los pensamientos íntimos de su cerebro y los estremecimientos rápidos de su alma. Así en «El Adversario» y en «El matrimonio interino», representados estas dos últimas noches. En la segunda obra más que en la primera. De una sutileza extremada para exteriorizar afectos suaves, contrariedades que no estremece más que la epidermis, dolores que apenas llegan á lo hondo del ser, se resiente cuando de traducir sacudimientos bruscos, ó de gritar celos, ó de expresar cóleras se trata. Su fuerza está en su elegancia, en su gracia, en la caricia de su voz y en la serenidad de su mirada. Por eso gustó más, si se quiere, en el arreglo de Vital Aza que en la comedia de Capús y Aréne. Y por eso gustará más en la producción de Benavente, exquisita de forma y de fondo, que en cualquier otra en que la violencia de las pasiones descomponga la línea admirable de su esbeltez de cuerpo y de alma. Más fuerte de con-textura, tallado en madera más recia, Thuillier se adapta con más facilidad á las modalidades dramáticas que la delicada artista. Pero sin sacrificio de las que á la comedia atañe. Modelo de

elegancia también, de corrección en el vestir y en el decir, se mueve con más desenvoltura en las escenas galantes que en las trágicas. Los conflictos graves, las situaciones violentas le descomponen. Lo que dice Mauricio D'Arlay en «El Adversario» parece su profesión de fé escénica, profesión que el mismo actor se encarga de confirmar en el final de la obra, en el diálogo, admirablemente hecho, que sostiene con Mariana, y que se resintió de falta de intensidad, de ausencia de émonico sincera... Como á la Pino, le sienta mejor á Thuillier la comedia fina, la que deleita, la que hiere el espíritu y el cerebro sin brusquedades ni dolores. Y como á los dos distinguidos artistas los demás elementos de la compañía, homogéneos, bien escogidos, bien encajados en el marco de distinción que aquellos han perseguido siempre. No sobresale aisladamente ninguna figura determinada — á lo menos no ha sobresalido hasta ahora — pero todas se complementan y constituyen un conjunto armónico. Armónico en acción, puramente, ya que en voces se oponen rotundamente á ello el actor Llano, que agradó en «El matrimonio interino» bastante más que en «El adversario» y el colosal Rousell, antiguo conocido nuestro, que lucen las más desgarrados órgano vocales que se pueden imaginar y pedir. Y correspondiendo al conjunto de la compañía, la presentación escénica: las decoraciones magníficas, el atrezzo irreprochable. En esto se traslucen también la elegancia y buen gusto de la Pino y de Thuillier, que no inútilmente gozan la muy bien conquistada fama de refinados que nuestro público ha tenido ya ocasión amplia de apreciar. Para ambos artistas, los aplausos han abundado en estas dos noches. La sala del Urquiza, repleta de concurrencia, como en sus grandes veladas de gala, les ha tributado ovaciones espontáneas y nutridas. Justificadas también. Y con ellas ha consagrado el éxito de la temporada iniciada, que ha de ser fecunda, si el programa prometido se cumple, — que ha de cumplirse, de fijo—en acontecimientos artísticos de mayor solidez y realce que los logrados en las dos primeras representaciones realizadas. Por el mérito de las obras y la labor de sus intérpretes...

Teógenes.